



ESCUELA DE MINERÍA, MÉXICO, D. F.

CAPITULO LXI.

El hacendado antiguo y el moderno.

Por muchos años después de la conquista de las dinastías nativas de México, el país se halló entregado al explorador, al minero y al comerciante. Aquellos de escasa ambición se dedicaron al cultivo de la tierra.

Los españoles nunca parecían apreciar, que en suelo maravillosamente fértil y extenso territorio, México guardaba una riqueza cien veces mayor que la que podían producir sus minas. Tampoco pudieron percibir plenamente que la agricultura les brindaba un medio seguro para adquirir riquezas á cambio de perseverancia firme y dedicación á ella. Es cierto que los españoles adquirieron grandes fracciones de terreno y muy vastas haciendas, las que trabajaron con provecho, pues el español es muy apto para sacar dinero de cuanto emprende, pero esa posesión reconocía dos razones. Era costumbre en Europa considerar la propiedad de extensas superficies de tierra como aristocrática. El origen de esto se descubre en el hecho de que en pasadas centurias el que era poseedor de vastas porciones territoriales, contaba con muchos partidarios, y como en aquellos días de turbulencia el poder muy á menudo constituía el derecho, el que disponía de un séquito de terratenientes y colonos vigorosos y bien armados y tenía á su servicio caballeros de espíritu batallador y de un rango inmediato al suyo, estaba cierto de ser respetado y visto como un gran señor.

El español trajo consigo á América las ideas y prejuicios de su raza y por lo tanto fué natural que tratase de introducir en México y en sus otras posesiones transatlánticas, las costumbres y tradiciones de su tierra natal.

Como segunda explicación respecto de la adqui-

sición de vastas haciendas, debe citarse que en los primeros días subsecuentes á la conquista, México estaba sujeto á continuos levantamientos y pequeños disturbios de parte del populacho nativo recientemente sometido, y como el hacendado español tenía á su servicio á algunos de los antiguos nobles y caudillos aztecas, estaba así en aptitud de defenderse y hacer frente á los peligros que pudiesen sobrevenir.

Esto produjo una especie de alianza defensiva y ofensiva entre los aventureros españoles y la nobleza azteca, verificándose frecuentes enlaces matrimoniales entre los representantes del antiguo orden de cosas en México y los nuevos señores del lugar. El resultado de esta fusión de intereses fué la consolidación de los bienes de los hacendados á través de toda Nueva España.

Poco á poco el antiguo noble azteca y otras noblezas aborígenes desaparecieron, bien por amalgamación con los descendientes de los aventureros españoles, que de tiempo en tiempo emigraban á Nueva España en pos de fortuna, ó bien relegados á la masa común por las circunstancias y superior conocimientos y ventajas de la raza blanca. Fué entonces cuando comenzó la vida de las grandes haciendas de México.

Pero aún cuando el español trajo consigo á México los prejuicios, costumbres é ideas de su tierra natal, todo esto, con el transcurso de unas cuantas generaciones, sufrió grandes modificaciones en su patria adoptiva. Se vió, por ejemplo, forzado á adaptarse á las condiciones del trabajo, sistemas de vida, clase de alimento, caracteres del suelo y productos naturales del país. De allí surgieron nuevos hábitos de vida, nuevas ideas de gobierno y nuevas relaciones entre el gobernante y el gobernado en Nueva España. El español pronto aprendió á explotar á los nativos, tanto á los de noble cuna como á los de humilde origen.

Como los ancianos nobles ó caciques y antiguos

caudillos ejercían inmensa influencia sobre las masas indias inferiores, los europeos hallaron ventajoso trabajar al unísono con la nobleza de las razas sometidas y conquistadas. Por hábiles manejos de esta clase pronto los españoles tuvieron á los indios bajo su pleno dominio. Con frecuencia un aventurero español se casaba con la hija de un jefe indio y usaba la influencia del padre para el logro de sus fines con los nativos. El producto de esa unión, que no era ni indio ni español, lograba retener aún la preponderancia que sus antepasados en la línea materna habían ejercido. Pero á menudo los hijos de tales uniones resultaban ser más arbitrarios y duros para con los nativos que los españoles, porque creían poder hacerlo bajo el derecho que les daba su jerarquía india sobre sus súbditos. Así fué cómo con el tiempo, surgió en México un gran número de caciques, poseedores, prácticamente, de casi todas las tierras del país y á quienes estaban sujetos muchos súbditos de raza nativa, precisamente como en los días de dominación azteca. Este fué el origen cierto de las grandes haciendas de México.

A los más notables soldados de Cortés les fueron donadas vastas propiedades en México; las familias de estos aventureros, muchas de las cuales efectuaron alianzas con las familias nobles de los indios, pronto principiaron á considerarse ellas mismas como nobles, y siempre administraban sus pertenencias en la misma forma autócrata en que sus antepasados lo hicieron en épocas feudales.

A Cortés le fué cedida como una de sus posesiones el extenso valle de Oaxaca. Tenía, además, bienes en la ciudad de México, Coyoacán y varios otros lugares del Valle de México y de la Nueva España. Los descendientes del conquistador aún poseen largas haciendas y propiedades raíces en México, cuyas rentas disfrutaban en Europa. Una rama de esa familia se encuentra actualmente entre la nobleza de España, en tanto que otra se liga á una de las mejores familias de Italia. Ambas derivan la mayor

parte de sus rentas de sus posesiones en México, heredadas de generación en generación desde los remotos días de la conquista y años inmediatos siguientes.

El resultado de esta curiosa mezcla de razas, costumbres é instituciones, es digno de estudio, teniendo, como tiene, hilación con las condiciones industriales que hoy existen en México.

Naturalmente los aventureros españoles que vinieron á Nueva España durante el siglo inmediato posterior á la conquista, se vieron forzados por las circunstancias á amoldarse á la vida y á muchas de las costumbres de los nativos, modificándolas en cierto grado. Entre esos usos adoptados pueden citarse los métodos para labrar la tierra, la vida rural, el vestido y alimentos.

Las razas aborígenes de México no disponían de bestias de carga y por ello todo el transporte y labor requeridos para la labranza se hacía á fuerza de manos, sin ayuda de tracción animal alguna. Ese estado de cosas fué modificado por los españoles por la introducción del caballo, el burro, la mula y el buey. Pero aún después del transcurso de un siglo después de la conquista, la tierra proseguía siendo cultivada á la usanza de los mexicanos, ó sea: cavando y removiendo la tierra por medio de la azada ó pala, porque se halló expedito facilitar á los nativos su trabajo agrícola en la misma forma á que habían estado acostumbrados.

El instrumento usado por los aztecas para labrar la tierra estaba hecho de madera, piedra ó cobre, en forma de un segmento de círculo, de forma semejante á la convencional cornucopia. A esta pieza se ataba un mango de madera, por medio de una cuerda hecha de fibras de maguey ó de tiras de piel sin curtir. Con este primitivo instrumento se abrían los surcos que habían de recibir la semilla. Los españoles fijaron ese instrumento en el extremo de una larga pértiga á la que se hallaba uncido algún animal. Eso sirvió como rudimentario arado por más de un siglo después de la conquista. La punta de la "reja"

del arado era á veces de hierro, otras de cobre y muy á menudo de madera dura. Estos arados primitivos, con ligeras variantes, pueden aún verse en uso en varios lugares de México.

Hasta hace apenas un cuarto de siglo ningún progreso se había hecho para mejorar estos primeros implementos de la agricultura usados por los aztecas y otras tribus nativas, los cuales en su época y bajo las condiciones entonces dominantes, se adaptaban notablemente al trabajo agrícola en México. Todo aquel que se interese en un estudio posterior sobre la materia, le bastará ocurrir al Museo Nacional de la ciudad de México, donde podrá ver cierto número de estos útiles agrícolas, hechos de cobre.

Los arados introducidos por los españoles en México, modelados bajo la base de los antiguos instrumentos de labranza de los aztecas, pero construidos de manera que se adaptasen al nuevo orden de cosas, resultantes de la ayuda animal para tracción ó carga, fueron en muchos conceptos inferiores á los usados por los aztecas. A menudo una simple rama de árbol torcida, afilada en un extremo y atada á un buey, substituía el arado. El efecto logrado con un útil tan rudo era naturalmente malo y los terrenos de sembradura en toda la Nueva España, eran, por lo mismo, deficientes.

Los mismos rudos métodos eran usados en irrigación. En realidad, los españoles parece nunca lograron hacer algo semejante en perfección á las obras de irrigación que los habitantes aborígenes efectuaron antes de la conquista. Por todas partes á través de México se encuentran inesperadamente ruinas de vastos trabajos de regadío, muchos de los cuales fueron ejecutados antes de que el hombre blanco hubiese descubierto el Nuevo Mundo. Esas obras hicieron posible á las razas habitar en las áridas regiones de las altiplanicies y convertirlas en florecientes jardines. De cuando en cuando, debe reconocerse, durante el período colonial, surgía algún intento pa-

ra introducir la irrigación en Nueva España. Pero esto era sólo individual y aisladamente.

La edad moderna ha cambiado la actitud de los mejores hacendados y dueños de plantíos respecto á esas deficiencias. Nos hallamos en la época en que la maquinaria de vapor y gasolina hánse abierto paso transformando lugares, y haciendo cambiar, lenta pero seguramente, la rutina en los métodos de labor y explotación agrícola, seguida por el propietario de haciendas, el labrador y el rancharo. El tiempo en que el esfuerzo muscular predominó largamente en México vá pasando al olvido lentamente. Los arados de vapor substituyen ya al buey y á la mula de los españoles, á la rústica vigueta con su apéndice de hierro ó cobre, algunas veces y otras sólo endurecida á fuego, y á la azada curva usada por los moradores indígenas, cuyo cultivo de la tierra data de edades muy anteriores al arribo del hombre blanco á sus dominios para derribar sus templos y sus dioses y dar comienzo á la lenta evolución de la civilización moderna.

Ya se hace uso en México de máquinas de vapor trilladoras. Ya los modernos rastrillos y cultivadoras han tomado el lugar de los toscos utensilios primitivos que antaño efectuaban su labor á costa de grandes esfuerzos y lamentable pérdida de tiempo. Ya bombas poderosas operadas por máquinas de vapor, caídas de agua ó motores eléctricos ó de gasolina lanzan su flujo bienhechor sobre inmensas sabanas de tierra, reemplazando al débil esfuerzo del indio con su cubeta, su bomba de palanca, su pozo artesiano á su zanja de riego de perezoso curso.

La edad de la maquinaria ha llegado para México del mismo modo que llegó para la república norteamericana hace una ó dos generaciones, y ya el hacendado comenzó á hacer uso del mejor "distribuidor" de semillas, patentado, de los mejores y más modernos arados y trilladoras movidos por vapor. Empieza á realizar que en su interés está invertir

vastas sumas en obras de irrigación, tal como lo han hecho ya muchos de sus vecinos más emprendedores.

La hora ha sonado en que debe disminuir costos empleando menos labor y ello podrá sólo lograrlo haciendo uso de los implementos mecánicos producidos en esta época de invenciones maravillosas. Se acerca el día en que la moderna maquinaria rija la explotación de una hacienda, supliendo á los métodos de los antepasados y tribus civilizadas aborígenes, porque los tiempos de cacicazgo, de la ignorancia, esclavitud, feudalismo y opresión, han desaparecido y el México nuevo se adhiere á todo lo que es moderno en la etapa del siglo veinte.

CAPITULO LXII.

Donde recibe México á sus huéspedes.

México no tiene realmente grandes hoteles como se pueden encontrar en las ciudades populosas de los Estados Unidos y Europa; pero no obstante, el adelanto que ha hecho durante los últimos doce años en lo que concierne al alojamiento de sus huéspedes, es bastante notable. Se han fundado nuevos hoteles y muchos de los antiguos han sido renovados asumiendo un aspecto de acuerdo con las exigencias de los tiempos modernos.

El hotel St. Francis, el Porter, el German American, el Sanz, el Palacio, el Coliseo y el Clark's Alameda, son todos de fundación reciente y son mucho mejores y más modernos en todos respectos que los mejores antiguos hoteles de México de hace doce años. El turismo ha contribuido en mucho por crear en la capital necesidades de proporcionar mejor clase de acomodo y servicio en los hoteles. La continua corriente de forasteros que se han mantenido fluyendo dentro de la República durante la última década, y que ha venido aumentando constantemente por su misma fuerza de impulsión, ha proporcionado clientela para mejor clase de hoteles y hosterías, clientela que no tenía México antes de ese tiempo; y el dinero extranjero que año tras año va quedando en el país, ha originado una competencia entre los propietarios de hoteles de resultados muy ventajosos para el servicio.

Hace veinte años era queja general que no se encontraba en la capital de la República ni media docena de lugares de esta naturaleza donde se pudiera gozar siquiera de mediana comodidad, y los restaurantes y las fondas eran notoriamente malos. Y lo peor del caso era que ni los dueños de hoteles y posadas ni los de otros establecimientos de la misma ín-



HOTELES MODERNOS DE MÉXICO.

1. Palacio. 2. St. Francis. 3. St. Louis. 4. Porters.

dole, se esforzaban aparentemente en lo más mínimo por agradar á sus clientes. En la mayor parte de los hoteles el servicio de restaurante era negocio aparte del de alojamiento de los huéspedes, con cuyo arreglo sucedía con frecuencia que cuando el hotel en sí era aceptable el restaurante era notoriamente malo y viceversa. Igualmente en todos los hoteles de esos tiempos, incluyendo los de la capital de la República, los baños tenían administración aparte de la administración general del establecimiento, y era cosa enteramente desconocida el servicio de cuartos con baños particulares. Por lo general, los hoteles eran mal atendidos y no muy limpios; lo que había de amueblado era anticuado é incómodo, y los cuartos, salones y patios tristes y desaliñados.

Pero todo esto ha sido cambiado, y este cambio por lo mejor en México, en beneficio del público que viaja, es debido al espíritu de empresa de los actuales propietarios de esta clase de establecimientos. Es cierto que los hoteles de la República, aún los de la misma capital, no tienen las pretensiones ni están tan bien amueblados y provistos con tantas comodidades y conveniencias como uno espera encontrar en los mejores hoteles de los Estados Unidos y Europa; pero se ha adelantado tanto en este particular durante los últimos diez años, que el cambio es digno de notarse; y el buen servicio que se dá actualmente al público, es debido en gran parte á los hoteles arriba mencionados. Hoy el propietario de hotel no es indiferente, desaliñado y descuidado; la competencia y el prospecto de buena y rica clientela lo han despertado de su sueño medioeval. Ahora aún los hoteles antiguos, que no se limpiaban antes ni siquiera una vez por quincena, tienen cuartos bien alfombrados, servicio excelente, elevadores, apartamentos, baños particulares y restaurantes con buenos "chefs" de cocina europeos ó americanos. Los nuevos hoteles á los cuales es debido este adelanto de las hosterías y posadas en general, también son continuamente mejorados; mientras que establecimientos de igual natura-

leza más modernos y cómodos están actualmente en construcción.

Todo esto no es sino una indicación del progreso del país en general: pues lo que ha tenido lugar en la capital de la República se está llevando á cabo en las otras ciudades importantes del país. México está experimentando rápidamente una evolución completa, siendo de la cual una de las fases de no menor importancia, las innovaciones en el modo de tratar al público viajero.

Una de las razones por las cuales México no posee grandes hoteles, espaciosos y bien amueblados como los que se encuentran en los países más adelantados del mundo civilizado, es que aquí las costumbres son diferentes hasta el grado de que no se usa que residan familias en hoteles. Por lo cual, el hotel para familias no existe prácticamente en el país y las posadas y hosterías tienen que depender casi exclusivamente del público viajero. Por esta razón, la vida de hotel en México tiene pocos atractivos para la gente amante de casa, la cual prefiere vivir con una familia particular, donde le es posible gozar de sociedad y mayores conveniencias. Así, pues, la vida de hotel es aquí radicalmente diferente de lo que es en la mayor parte de los países de Europa y en los Estados Unidos. Esto indudablemente explica la circunstancia de que los hoteles en la República, hasta hace pocos años, estuvieran desprovistos de todas las comodidades que uno naturalmente espera en establecimientos donde se dá servicio al público.

Pero ya se ven manifestaciones de que las condiciones sociales están cambiando, hasta cierto punto, en la capital de la República, pues últimamente se nota tendencia hacia el establecimiento de casas de huéspedes y hoteles para familias al estilo más moderno. No cabe duda que dicha tendencia está destinada á pronunciarse más en un futuro próximo, pues la ciudad cada año asume más y más carácter cosmopolita y metropolitano. El público viajero también aumenta con rapidez y cada día es más exigente, y



HOTELES MODERNOS DE MÉXICO.

1. Restaurant Chapultepec. 2. Hotel Geneve. 3. Hotel France (Orizaba.)

nuevos hoteles aparecen para llenar estas necesidades. Hace veinte años los hoteles en México estaban instalados en edificios antiguos que originalmente habían sido dedicados á otros usos y destinados á otros objetos. Eran incómodos, malsanos, tristes y generalmente mal servidos. Su exterior tenía un aspecto tan poco atractivo como su interior. Pero los nuevos hoteles están cambiando rápidamente semejante estado de cosas. Han aprendido la utilidad de presentar en el exterior una apariencia atractiva, y esta tendencia se acentúa cada día más tanto en lo que refiere al exterior como al mejor servicio. Los grabados que acompañamos de algunos de los hoteles más modernos y progresistas de la capital, darán una idea del adelanto que á este respecto se ha hecho en México durante los últimos años.